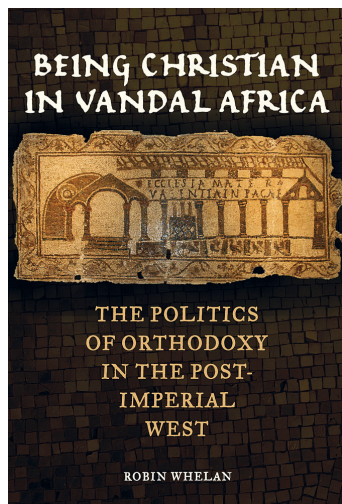


BEING CHRISTIAN IN VANDAL AFRICA



WHELAN, ROBIN (2018). *Being Christian in Vandal Africa. The Politics of Orthodoxy in the Post Imperial West*. Oakland: University of California Press. xiv, 301 pp., 95,00 \$ [ISBN 978-0-5209-6868-4].

MARÍA FERNÁNDEZ PORTAENCASA
 UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID
 FPORTAEN@HUM.UC3M.ES

DENTRO DEL ÁMBITO DE LAS MONOGRAFÍAS, y a pesar de ser una tendencia cada vez menos representativa – especialmente en los últimos años – es cierto que los estudios acerca del reino vándalo han ostentado uno de los puestos menos populares, si se los compara con la atención que han recibido sus contemporáneos. Tal vez por lo efímero que fue su ciclo vital, de apenas un siglo de duración,¹ por tratarse de un Estado nuevo,² o por no haber dado lugar a un reino germánico posterior; la cuestión es que el reino vándalo se ve relegado fuera de los estudios clásicos, y tampoco ocupa un lugar representativo en el mosaico altomedieval. El libro de R. Whelan que publica University of California Press pretende romper estas “barreras”, que no son sino constructos artificiales, y aplica al ámbito religioso los esquemas analíticos que el reino vándalo merece. Estos demuestran su importancia como reino tanto en su continuidad no rupturista

1. Entre el 435 y el 534 d.C., pasando a formar parte del Imperio romano oriental tras la conquista justiniana.

2. Diferenciado, al menos en la historiografía, del territorio provincial romano que Genserico conquistó.

con el mundo clásico, como en su condición de Estado germánico, igual de maduro en su categoría estatal que los demás.

Robin Whelan ha dedicado toda su carrera investigadora a la historia cultural del Mediterráneo, centrándose sobre todo en la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media, y en el análisis de la importancia de la diversidad religiosa y étnica, la identidad social y la cultura política durante estos periodos, cosa que se refleja con claridad en su obra. Doctor en Clásicas por la Universidad de Cambridge (2014), actualmente es profesor de Historia del Mediterráneo en la Universidad de Liverpool. El presente volumen es el número 59 de la serie de University of California Press “Transformation of the Classical Heritage”, cuyo editor general es Peter Brown, lo que es una enorme garantía de calidad para la obra.

El libro parte de una, aunque no novedosa, sí muy sugerente y poco explorada perspectiva; la de concebir el Estado vándalo como una evolución del territorio político norteafricano no rupturista con su pasado clásico. Así, se contrapone a la imagen transmitida en obras tan fundamentales como *Saint Augustin et la fin de la culture Antique* de Henri-Irène Marrou (1958), en las que, basándose en fuentes como la *Vita Augustini* de Posidio de Calama, o la *Historia Persecutionis Africanae Provinciae* de Victor de Vita, la historiografía ha utilizado la maniquea imagen de Agustín moribundo con los vándalos a las puertas de Hipona para personificar la muerte de una era y la inminente llegada de otra, completamente distinta.

Whelan comienza por explicar que las controversias y persecuciones, que no eran sino bidireccionales, no tenían lugar entre vándalos y africano-romanos, sino entre diversas facciones cristianas, de variada composición étnica (pues ninguno de los grupos era homogéneo en este sentido). Se basaban en disputas que, en buena medida, ya se habían producido antes de la llegada de los vándalos.

En primer lugar, se centra en definir los distintos contextos teológicos y categorías aplicadas en las disputas dogmáticas que protagonizaron concilios como el de Nicea (325) o los de Rímmini y Seleucia (359), que como es bien sabido, se celebraron bajo el amparo de Constancio II. Tal y como detalla Whelan, no es correcto asumir la terminología empleada en las fuentes para referirse al conjunto de creencias del Estado vándalo como “arriano”, puesto que no se trataba de un término meramente descriptivo de una serie de creencias, sino que era un calificativo utilizado en las fuentes de adhesión niceana para diferenciar a aquellos que, consideraban, se encontraban fuera de la ortodoxia. No siempre estas creencias tenían por qué tener que ver con las enseñanzas de Arrio, ni tampoco es necesario decir que los términos de “ortodoxia” y “herejía” eran utilizadas por ambas partes para referirse al grupo rival. Una vez asumido esto, y teniendo en cuenta que no puede generalizarse ni puede concebirse en bloque a toda la población, es posible definir a grandes rasgos el cristianismo no niceno que asumirían, al menos, los poderes políticos del Estado vándalo, basándose en el edicto promulgado por Hune-

rico tras la Conferencia de Cartago (484). A diferencia de la fórmula nicena, que afirma que Dios – Padre e Hijo – son “de la misma sustancia” (ὁμοούσιος), se adoptó la fórmula defendida en Rímini y en Seleucia, esto es, que el Hijo es de sustancia “semejante” al Padre (ὁμοιούσιος). Así, afirma Whelan, es conveniente dejar a un lado términos que pueden llevar a error, por su distinto significado en la actualidad con respecto a las fuentes (así como entre las fuentes mismas, según su afiliación), como “arriano”, “ortodoxo”, “católico”, “herético”, etc., además de la tradicional identificación de unos u otros términos con pertenencias étnicas particulares (principalmente, vándalos o africano-romanos) para centrarse en el debate eclesiástico entre la Iglesia nicena y la Iglesia homoiana, que es la verdadera controversia religiosa que tuvo lugar en el reino vándalo.

Una de las principales ideas que Whelan se esfuerza por hacer comprender en la obra es que las identidades cristianas, tanto de vándalos como de africano-romanos, principales agentes sociales en este contexto, no pueden ser etiquetadas de forma global ni homogénea, dada la complejidad étnica y confesional que se presentaba en realidad, y que las fuentes como Víctor de Vita tienden a ignorar. En primer lugar, cabe señalar que la visión homoiana del credo cristiano no era percibida como inequívocamente vándala o bárbara en el África de los siglos V y VI. Se trataba de una adhesión dogmática ya existente en África con anterioridad a la llegada de los vándalos, y, aunque ciertamente el contingente poblacional liderado por Genserico fue un grupo más numeroso en este tipo de creyentes de lo que las provincias norteafricanas hubieran visto con anterioridad, no es menos cierto que, a lo largo de los años en que el reino vándalo se desarrolló, se produjeron numerosas conversiones de africano-romanos a este tipo de credo. Otra idea defendida con insistencia en relación con esto, uno de los aciertos más importantes de la obra, es que el uso de términos como “nosotros” frente a “ellos” en escritos como el edicto de Hunerico no hace referencia a “vándalos” contra “romanos”, sino, por el contrario, “nosotros verdaderos cristianos” frente a los “herejes nicenos”. Este cambio de perspectiva, que podría pasar desapercibido o considerarse algo menor, vertebraba sin embargo el paradigma defendido por Whelan, y advertirlo es fundamental para comprender las ideas originales que son el núcleo de lo que este autor busca transmitir: la Iglesia homoiana y sus eclesiásticos, aunque apoyados con frecuencia por los reyes vándalos, no eran instituciones oficiales del Estado ni dependían del mismo. El acento, por tanto, se debe poner en las disputas existentes entre dos facciones de cristianos, y no entre dos grupos étnicos.

La primera parte del libro, “Contesting Orthodoxy”, detalla la pormenorizada pugna entre ambas iglesias africanas. Esta disputa, heredada ya del África tardorromana, entre dos grupos eclesiásticos que se decían poseedores de la verdad acerca del dogma cristiano, floreció durante el reinado vándalo. En el capítulo primero, “African Churches”, Whelan sienta las bases que definen a los dos grandes grupos que protagonizaron la contienda, el grupo niceno y el homoiano. Culturalmente muy similares, ambos eran,

además, heterogéneos en sus lenguas y en sus etnias. Los episcopados de ambas iglesias seguían, a grandes rasgos, las estructuras y actividades de época tardoimperial, lo cual es, además, otra razón para considerar el abandono de la visión rupturista comentada con anterioridad. Analizando la documentación disponible, Whelan concluye que, sin dejar de tener en cuenta sus características particulares, los eclesiásticos de una y otra Iglesia se han de considerar en los mismos términos, siendo muy similares en esencia y diferenciándose únicamente en los aspectos dogmáticos, más que en los doctrinales.

En el segundo capítulo, “In Dialogue with Heresy: Christian Polemical Literature”, se presenta uno de los aspectos más originales del libro; un recorrido por los documentos que atestiguan las disputas dogmáticas entre ambas iglesias, frecuentemente ignorados por la literatura al tratarse de debates virtuales, imaginados, entre apologetas que vivieron tiempo atrás y “herejes” defensores del contrario. Presentan un interés especial pues es ahí donde se concentra la mayor parte de información disponible en relación con los pormenores teológicos disputados.

Los capítulos tercero y cuarto sirven para concluir la primera parte de la obra. En “What They Are to Us, We Are to Them: Homoian Orthodoxy and Homoousian Heresy”, Whelan explica profusamente, aunque quizá de manera excesivamente reiterada, al tratarse de una idea en la que ya se ha insistido con anterioridad, la subjetividad intrínseca a los conceptos de “herejía” u “ortodoxia” utilizados como legitimización o como descalificativo indistintamente por ambos cristianismos. Con “Ecclesiastical Histories: Reinventing the Arians”, termina de cerrar el círculo argumentativo. En este capítulo, Whelan detalla cómo los autores nicenos “reinventaron” la identidad supuestamente arriana de los homoianos, haciendo una suerte de revisión histórica de los conflictos eclesiásticos del siglo IV. Así, crearon un discurso según el cual la disputa entre los poderes políticos y religiosos del África vándala y los nicenos serían herederos directos, sin interrupción, de las disputas teológicas contra el arrianismo ocurridas tiempo atrás. Este modo de proceder era eficaz a la hora de legitimarse como descendientes y herederos de la ortodoxia católica, y al mismo tiempo, argumenta Whelan, de desautorizar a sus adversarios al identificarlos con la herejía públicamente denostada.

La segunda mitad del libro, “Orthodoxy and Society”, dividida en tres apartados, trata de enmarcar la controversia en su contexto. Como insiste el autor, no se trataba de una disputa entre romanos y bárbaros, sino entre dos tipos de cristianos, pero como es lógico, tampoco puede concebirse separado de su marco sociopolítico en el África post-imperial. En “Exiles on Main Street: Nicene Bishops and the Vandal Court”, tal vez sería esperable encontrar una enumeración de ataques y reproches bidireccionales entre el clero niceno y la corte vándala. Y no sería de extrañar, ya que, por supuesto, ambos se afanaron en socavar la autoridad de su contrario; sin embargo, siendo dos poderes consolidados pero no lo bastante poderosos como para hundir por completo al otro, Whelan nos muestra, también, interesantísimas estrategias diplomáticas de co-

laboración. En ocasiones, los obispos nicenos enviaban peticiones de diversa índole a los reyes vándalos, utilizando un lenguaje que no estaba fuera de lugar (dando una idea, por tanto, de reconocimiento mutuo), y siguiendo los cauces burocráticos correspondientes, tras lo cual, con frecuencia, podían obtener respuestas favorables.

El sexto capítulo, “Christianity, Ethnicity, and Society”, trata sobre todo de los planteamientos teóricos en la discusión de las identidades individuales. Se parte de la premisa de que ni la afiliación confesional ni tampoco la pertenencia a los grupos étnicos pueden concebirse como contextos permanentes de la acción individual. Ciertamente, cuando la legislación (en cualquier época y lugar) insiste en un aspecto concreto relativo a las costumbres, suele deberse a que es frecuente que se esté produciendo aquello que se prohíbe. Así, como bien indica Whelan, si las exhortaciones pastorales (que encontramos en ambos bandos, y tanto de boca de clérigos como de reyes) insisten a los fieles en que dejen de asistir a los templos, comer, o incluso tener trato con los herejes (es decir, los otros), es porque estas fronteras se estarían cruzando con bastante asiduidad.

“Elite Christianity, Political Service, and Social Prestige” cierra esta segunda parte interpretando cómo las élites de ambas partes utilizaban su puesta en práctica de la ortodoxia a la que pertenecían como una forma de exhibir su estatus: para mostrar lealtad a los reyes, para ganar prestigio entre los obispos, etc. Whelan argumenta que toda esta controversia modeló, para bien o para mal, la forma de hacer política, y también la interacción social, en el África vándala.

La obra de R. Whelan aborda de un modo muy original el estudio de todo el periodo vándalo, utilizando la controversia religiosa como hilo conductor para un recorrido histórico fundamental, y escaso en la historiografía. Quizá se echa en falta una consideración más amplia de los agentes sociales analizados; pues, a lo largo de todo el libro, salvo algún caso aislado, se refiere casi siempre a los eclesiásticos, o a los poderes políticos, a la hora de definir y estudiar a las Iglesias, dejando bastante de lado al conjunto de los fieles, algo que tal vez hubiera aportado una perspectiva diferente de haberse utilizado más documentación epigráfica o arqueológica. Lo mismo se puede aplicar a los cultos no cristianos, que quedan invisibles para el lector. También es cierto que el subtítulo del libro aclara las intenciones de su autor: se trata de un estudio monográfico acerca de las políticas de ortodoxia (y la disputada definición de la misma) en el reino vándalo, y sus consecuencias para el Occidente post-imperial. Como tal, acierta, y resulta una obra de consulta fundamental para comprender las dinámicas sociales, políticas, religiosas, y sobre todo identitarias, que florecieron durante el reinado vándalo.